

desde entonces mi vida quedó presa
en la mentira azul de tus ojeras.

COLOMBINE

¡Oh dulce Arlequino, pálido poeta
de largos crepúsculos de melancolía!
maceran mi alma, tímida violeta,
los pliegues sonoros de tu mandolina.

Toma tu guitarra; sobre la falseta
desgarra la mueca de toda tu vida,
y con mis ojeras y tu pírqueta
harán un acorde tu vida y la mía.

ARLEQUINO

¿Mi guitarra, dices?... Ya no es mi guitarra...
Igual que tú, también fué mariposa,
y en otro tiempo.... también fuí su poeta...

Equivocó su vuelo; dejó manchar sus alas,
y la aparté de mí, mientras cantaba
el dolor de perderla:

Guitarra del mesón de los caminos
guitarra ventanera;
que te abandonas al grosero abrazo
del primero que llega.

Guitarra de tugurio que te vendes
como una aventurera,
y dejas que profanen el misterio
que tu cordaje encierra.

Guitarra loca y frívola, no eres
la gentil compañera
de quien soñaba hallar entre tus cuerdas
lenitivo a sus penas.

Guitarra mercenaria, tú no sabes
dar vida a mi quimera;
porque perdiste el alma
al hacerte guitarra de cualquiera.

ELOY SORIANO Pbro.

EL SEÑOR DE CAMPOS DEL ORTIGA



AMPOS del Ortiga es un remanso de paz, que se esconde en una de esas sinuosidades mimosas y femeninas de los campos de la Serena, a la vera de la Aldea de La Guarda.

Distán de Badajoz unos ciento cincuenta kilómetros. Más allá de San Pedro de Mérida hay que dejar la carretera general a Madrid en el cruce de Santa Amalia. Pasado este pueblo y Medellín, bordeando los arrabales de Don Benito, se cruza por La Haba y, antes de llegar a Quintana de la Serena, en un alto de la carretera, nos flanquean, por la izquierda, una iglesia, humilde y solitaria, y, por la derecha, las no menos solitarias y humildes casitas de una aldea: Es La Guarda.

Cualquiera que haya leído «La Canción de la Aldea», reconocerá el rellano de este atrio y sabe que, tomando el caminito que desciende desde él hasta el río, llegaremos al «olivar de los Cieza».

Sin llegar al río Ortiga, cruzamos por las pasaderas, un arroyo de escaso caudal y por una vereda pizarrosa, flanqueada de olivos, llegamos al caserón destartado, de blancas paredes, del olivar en el que vive el señor de Campos del Ortiga: Don Antonio Reyes Huertas.

Un par de perros saldrá, ladrando, a nuestro encuentro, dispuestos a defender a dentelladas la heredad. No hay peligro de acoso, porque Sebastián, Marina o la propia doña Elisa, acudirán a aquietarlos y los perros, refunfuñando, irán de nuevo a tenderse a la puerta de la casa.

Don Antonio, al que hallamos dando una vuelta por la finca o sentado ante la mesa camilla, entre un montón de libros y papeles, sale a nuestro encuentro, con sus largos brazos abiertos, los labios distendidos en la amplitud de una sonrisa bonachona y los ojos, pequeños y negros, rebrincándole en reflejos luminosos.

Es alto. Sus piernas largas y abiertas en ángulo sostienen un cuerpo cenceño, sobre el que se alza un rostro afilado, de perfil aguileño y color moreno pálido, en el que la boca, amplia, de labios finos, los ojos chispeantes y la frente espaciosa ponen una doble nota de ingenio y bondad.

Todo es amable, sonriente, sencillo en aquel caserón. Aclicados al calor de este nido, comprendemos mucho mejor la obra literaria del gran escritor extremeño.

Hace sesenta y cuatro años—el 7 de Noviembre de 1887— que Reyes Huertas nació a unos kilómetros de aquel lugar, en Campanario, en cuyo término están enclavados los Campos del Ortiga y del que depende, administrativamente, la aldea de La Guarda.

¿Quién no conoce a las gentes de Campanario? El autor de «La Virgen del Rocío ya entró en Triana», al describir, en el primer ca-

pítulo, la feria de Sevilla, nos habla de los chalanes de Campanario, conocidos en toda España. Es raro el pueblo de la provincia de Badajoz y limítrofes en los que no haya un «campanario» o una familia de tal origen, dedicado al negocio del esparto o la venta de queso, pimentón y tripa. Pese a esta poderosa facultad de dispersión, connatural con su temperamento de busca-vidas, es grande su apego al terruño natal y jamás pierden el tipismo de su pronunciación castellana y el sortilegio de su charla, rebotante de la fantasía y grajeo de la mejor poesía andaluza.

Nacido en este ambiente, como Bartolomé J. Gallardo, como doña Vicenta García Miranda, como la propia Carolina Coronado, oriunda de Campanario, Reyes Huertas heredó ese temperamento poético que, como polvillo de oro, informa y abriga toda su vida y su obra.

Esa inquietud poética, que es comezón del espíritu y tendencia mística, le lleva al Seminario Conciliar de Badajoz, en el que, con los años, se perfilan sus aficiones y acrecientan sus facultades. Entre una pléyade de coetáneos seminaristas, que habían de cultivar con acierto las letras, Reyes Huertas destaca hasta el punto de ser designado Profesor de Literatura.

Convencido, al fin, de que aquel misticismo, que le inquieta, es cosquilleo de poesía y no vocación sacerdotal, abandona el Seminario y, tras los estudios de Bachillerato, prolongados en Madrid con los de la carrera de Derecho, da de lado los libros de texto, cuya aridez le atosiga, para entregarse de lleno a su vocación de escritor.

Badajoz, conocedor de sus arriscos, le recibe con los brazos abiertos.

«Extremadura Cristiana», la revista que Reyes Huertas funda y dirige, recoge en su título los dos basamentos: fe religiosa y extremeñismo, sobre los que se ha de cimentar la obra gigantesca de aquel mozalbeta.

«El Noticiero Extremeño» le reclama, al poco tiempo, como director, pese a sus cortos años.

Y alternando con la intensa labor periodística, como desahogo de su potencialidad creadora, «Ratos de ocio», «Tristezas», «La nostalgia de los dos» y «Nostalgias»—en colaboración este último con otro gran poeta extremeño, Manuel Monterrey—jalonan, a partir de 1905, sus primeros pasos en el campo de la literatura con el cascabeleo, ingenuo y rumoroso, de sus versos.

El verso es esencia de amor. Reyes Huertas, poeta, gusta la embriaguez de esa esencia y forma con Elisa—la doña Elisa, sonriente, señorial y sencilla, que hemos encontrado en el caserón del olivar, el hogar cristiano y prolífico en el que jamás se apagaría ese calor confortable, esa paz idílica, que la bendición de Dios imparte a los hombres de buena voluntad.

Es entonces cuando Antonio Reyes Huertas se convierte en «El Señor de Campos del Ortiga».

Desde el viejo caserón de la pequeña heredad, sus ojos se atiborran de luz. Ese paisaje ondulado, casi femenino de la Serena, en

cuyas arenas pone brillo de diamante el sol tórrido del estío y en cuyos valles rientes luce la primavera la esmeralda de sus yerbas finas, se mete en el corazón, siempre caliente, del poeta y sus escritos no podrán ser sino el fruto de ese maridaje entre Reyes Huertas y Extremadura.

«Lo que está en el corazón» inicia, en 1918, la serie de sus deliciosas novelas, esas novelas que hicieron decir a nuestro llorado López Prudencio: «Hay entre las altas dotes de novelista de Reyes Huertas una cosa en que nadie le ha superado. Es el don de arregar el alma del lector en el ambiente de los pueblos. Leer una novela de Reyes Huertas es pasar unos días—los que dura la acción—en el pueblo donde ésta se desarrolla compartiendo todas sus emociones y viendo con pena llegar el momento de abandonar el pueblecito».

A la primera, siguen por orden cronológico; «La Sangre de la Raza», «Los humildes senderos», «La Ciénaga», «Agua de turbión», «Fuente serena», «Blasón de almas» y «La Colorina», premiada en un concurso de «El Diario Español», de Buencs Aires.

Se observa a lo largo de la vida de Reyes Huertas, la contradicción de sus dos tendencias vocacionales. Su espíritu apacible, patriarcal, hogareño, ese espíritu que tiñe de suaves tonalidades las páginas de sus novelas, se siente con frecuencia espoleado por el inquieto afán de lucha que entraña el periodismo.

Así le vemos hacer un breve paréntesis en el bucolismo virgiliano de su vida para dirigir «La Defensa», de Málaga. Y después le veremos marchar a Cáceres, donde, como director de «Extremadura», durante once años de identificación con la ciudad señorial, de muros blasonados, completará su hogar y alcanzará su plenitud literaria con la «Estampas Campesinas».

Aquellos tipos y aquellas tierras que el Señor de Campos del Ortiga tan metidos lleva en el corazón, brotan de su pluma, manantial del alma, con la fluidez incontenible y espejeante del agua en el fontanar, creando esa «actualidad periodística, escenificada en los medios campesinos» que los periódicos y revistas, nacionales y extranjeros, se habían de disputar como el manjar más exquisito que desde sus columnas podían ofrecer a sus lectores.

Durante veinte años, la inagotable imaginación y fuerza creadora de este gran cantor de nuestras tierras nutrió de «Estampas Campesinas», relatos novelescos y cuentos, en un alarde pictórico del paisaje y el alma de Extremadura, las columnas de periódicos y revistas como «El Debate», «Diario de Valencia», «La Gaceta del Norte», «El Diario Español» de Buenos Aires, «España» de Tánger, «Hoy», «Extremadura», «La Estrella del Mar», «Monasterio de Guadalupe», «Letras», «El Hogar y la Moda», «Lecturas», etc. etc.

«La Historia de la Cruzada», que, en unión de otros escritores, comienza en 1938 y Ediciones Españolas publica en 1940, es el brillante colofón a su ardiente patriotismo, y constituye con la biografía, aún inédita, de «Pedro de Valdivia», sus únicos escauceos históricos, plenos de verdad, pero más saturados aún de calor amoroso y bella literatura.

Madrid, deslumbrante, tentador, le susurra al oído su canto de sirena. Y Reyes Huertas acude a la cita, con el fervor encendido de su fe, en ese momento propicio que marcó el final de nuestra guerra de liberación.

Pero el aire enrarecido, ese aire inficionado de pasiones, intrigas y dobleces, que invade con sus purulencias el vivir de la gran ciudad, hace fatigoso el respirar de quien hinchó sus pulmones con la sencillez oxigenada de nuestros campos. Su quijotesca armadura de hombre de buena fe sufre abolladuras y magullamientos. Y con los hilos sutiles de su timidez temperamental y su modestia entreteje el aislante en que se envuelve en su piso de la calle Madera, del que no sale sino para refugiarse en el «olivar de los Cieza», donde se agiganta su figura patricia de Señor de Campos del Ortiga.

En la plenitud de sus días, de sus facultades y su fama, el árbol ya gigante de su obra alarga sin cesar sus ramas y tupe la frondosidad de sus hojas.

Desligado de la dirección de periódicos, de su pluma fluyen, en ritmo creciente, los argumentos galanos de sus «Estampas campesinas», que la prensa se disputa. Y simultáneamente, su acervo novelístico se acrecienta con nuevas tramas largas, enjundiosas, ataviadas con el matiz suave de su inimitable estilo.

«La grandeza del nombre», inicia en 1940 la nueva serie de novelas. Le siguen, editadas por la Hyma en su Colección Aurea: «Lo que la arena grabó...», primer premio del concurso de «Lecturas» entre más de cuatrocientas novelas, «Luces de cristal», «La llama colorada», «Mirta» y «Viento en las campanas».

Con motivo del cálido homenaje que Extremadura tributa a su gran cantor e hijo preclaro, se ha publicado ahora «La Canción de la Aldea», obra gemela de «La Sangre de la Raza» que viene a acrecentar los laureles de Reyes Huertas como costumbrista.

Y aún permanece inédita, a punto de ser publicada por la Hyma, «La Casa de Arbel».

Con «Lo que la arena grabó...», trocado su título por el de «Borrasca de celos», Reyes Huertas se ha asomado al mundo del celuloide. Actualmente se rueda «Luces de cristal». Y casi todas sus obras están llamadas a enriquecer, con su sano tipismo, nuestro cine nacional con el consiguiente enaltecimiento de Extremadura.

Tenso aún el cordaje de su telar, captando, con sed insaciable, la luz y el color de nuestro paisaje y alimentando poesía en el nido, siempre caliente, de su corazón extremeño, don Antonio Reyes Huertas, Señor de Campos del Ortiga, airea su figura cenecía y recibe sonriente y con los brazos abiertos a cuantos se le acercan en el viejo caserón del «olivar de los Cieza», ese remanso de paz, que se esconde entre las sinuosidades mimosas y femeninas del campo de la Serena, a la vera de la aldea de La Guarda.

¡Que Dios le dé larga vida!

ANDRES CALDERON RODRIGUEZ

J. H. S.

A Sor María de la Montaña en el día venturoso de su Profesión

Afferentur in laetitia et exultatione adducéntur
in téplum Regis. S. 44. V. 17.

T O T A D E C Ó R A

A desposar te llevan con el Divino Esposo,
tu vida será el soplo de un hálito veloz,
tu oración será un canto con el trino armonioso
del eco de tu voz.

¡Jesús será tu Esposo! y su amor tu divisa,
tu sostén, tu deleite; suya sola serás.
Jesús va a recibirte con su dulce sonrisa
y en El descansarás.

Deja al mundo taimado; reprueba sus placeres,
consagra tus deleites al Esposo simpar,
hallarás mil deliquios si de la carne hieres
la tendencia a pecar.

Ocúltate en su pecho porque es amor de amores,
por tu Divino Esposo sienta en El tu mansión,
cuéntale tus anhelos, tu afán y los temores
de tu fiel corazón.

Vélale en el Sagrario, divina Eucaristía.
inefable misterio, sublimidad de amor,
ofrenda allí tu vida, tus obras, cada día
con sentido fervor.